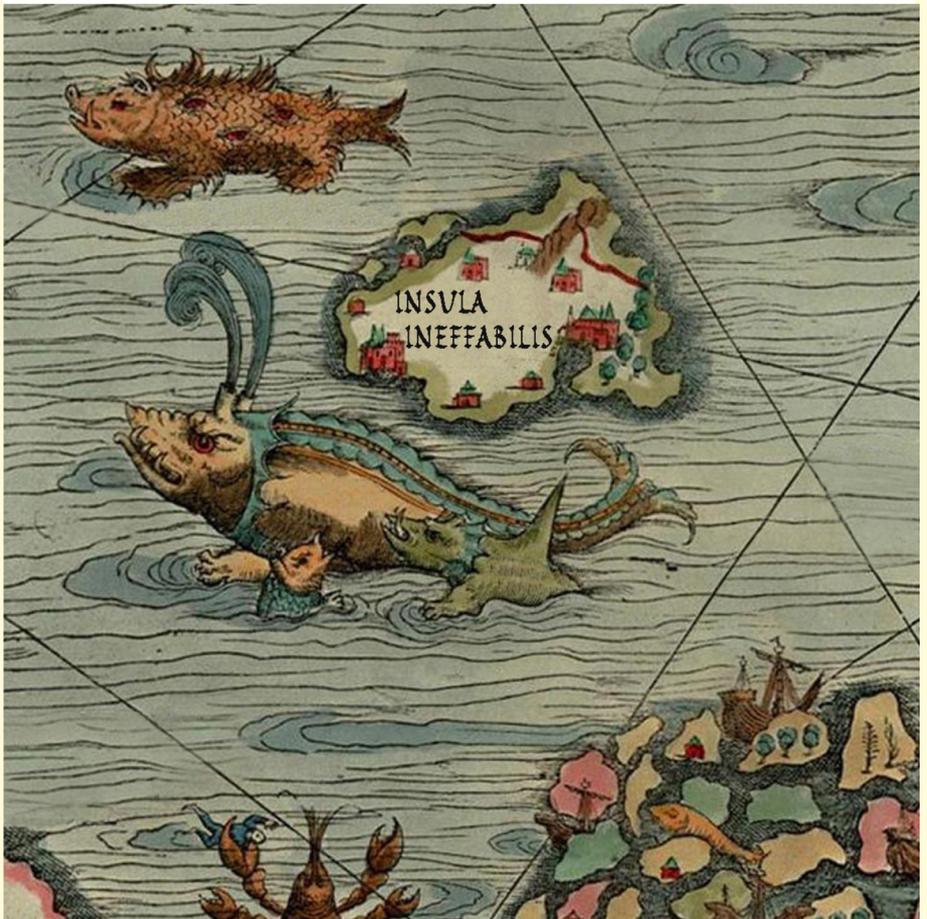


JUAN LÓPEZ-HERRERA

*La ínsula inefable*





La ínsula inefable

COLECCIÓN  
LITERADURA

Juan López-Herrera

La ínsula inefable



Primera edición: enero de 2017

© Juan López-Herrera, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946164-4-0  
Dep. Legal: M-42910-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Detalle modificado de la *Carta marina*,  
de Olaus Magnus, 1539

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La ínsula inefable



*A papá y a Mieke, in memoriam*



*But what a gift to memory is a Stasi file.  
Far better than Proust's madeleine.*

Timothy Garton Ash. *The File*



*Contra lo que algún lector poco avisado pudiera precipitadamente concluir, la Ínsula Inefable no es una isla real.*

*Las similitudes históricas, geográficas, humanas y lingüísticas que el lector acaso encuentre con alguna isla o país concreto son —pese a las siempre engañosas apariencias— meras coincidencias.*

*Según algunos cronistas, la Ínsula Inefable sería en realidad la legendaria isla de San Borondón, que aparece misteriosa y puntualmente cada vez que alguien cree haber hallado el Paraíso en la Tierra.*

EL AUTOR



LA CANCELA SE CERRÓ con estrépito a sus espaldas, pero él no miró hacia atrás, hipnotizado por el bamboleo majestuoso de aquella humanidad monumental que le precedía a lo largo del pasillo embutida en una minifalda de un impreciso verde parduzco.

Al final del corredor se abría una puerta que daba acceso a una gran sala con archivos y armarios repletos de carpetas. En el centro, sobre una pequeña mesa, aguardaba abierta una caja de la que sobresalían los lomos cansados de viejos expedientes administrativos.

El trasero imperial giró con inesperada rapidez y el rostro moreno de la uniformada funcionaria se le encaró con una inextricable mezcla de hastío y desconfianza.

—Aquí tiene el *file*. Ya sabe que no puede retirar ningún documento sin autorización. Si necesita cualquier cosa estaré ahí.

Los portentosos pechos —milagrosamente encajados en una camisa verde clara de manga corta— apuntaron hacia una mesa emboscada en una esquina de la habitación.

Se acercó lentamente a la caja, que contenía dos gruesos legajos con documentación. En cada uno de ellos un adhesivo identificaba sucintamente el contenido: «Expediente Operativo 1203/2007, “Gallego”».

Tomó la carpeta rotulada con el número uno y se dispuso aprensivamente a abrirla. Había soñado durante años con ese momento, pero experimentó la misma sensación incómoda de tiempos pasados, como si unos ojos anónimos y oscuros le observasen desde algún sitio escondido e inaccesible.

El expediente se iniciaba con una ficha en la que resaltaban cuatro frases escritas a mano, en mayúsculas y grandes caracteres:

OBJETIVO OPERATIVO «GALLEGO»

PRIORIDAD MÁXIMA DE SEGUIMIENTO

ELEMENTO POTENCIALMENTE PELIGROSO

POSIBLE NECESIDAD DE NEUTRALIZACIÓN

Debajo, desde una fotografía tamaño carnet, su propio rostro, ingenuo e imberbe, le sonreía diez años más joven, cruelmente ajeno a lo que el futuro inmediato iba a depa-  
rarle.



CUANDO SE ASOMÓ a la escalerilla del avión, una humedad densa y luminosa le estalló en la cara y mil surtidores microscópicos brotaron por todo su cuerpo, encorsetado en un traje gris claro de verano que de pronto perdió todo su sentido.

Caminó por la pista hacia la terminal sintiendo el sudor correr por su piel como una cascada. El aeropuerto era mucho más pequeño de lo que había imaginado y tenía un aire provinciano y destartalado.

En el control de inmigración le atendió un joven uniformado de rostro impenetrable que le escudriñó intensamente, paseando la mirada desde el pasaporte diplomático hasta su rostro. Un ambiguo «Bienvenido a la Isla» le franqueó el paso a la zona de equipajes, desde donde le sonreía acogedor un individuo de mediana edad, vestido con guayabera blanca

y pantalones azules, alto y atlético pese a unos inocultables kilos de más que le daban —junto con unas facciones levemente abotargadas— el aire de un boxeador retirado:

—Eres Antonio, ¿no?

—Sí...

—Soy tu compañero Felipe Lezcano, el segundo de la embajada.

—¡Ah! Perdona, pero no te reconocí...

El recién llegado fijó la vista en la guayabera y su interlocutor dio una sonora carcajada:

—Aquí es el uniforme de diario por razones que ya estarás sintiendo en tu propio cuerpo. Quítate la corbata y la chaqueta porque vas a llegar empapado al hotel.

Recogieron el equipaje y salieron al *hall* de entrada, donde una multitud abigarrada y compacta se apelotonaba mirando ansiosamente hacia la puerta de llegadas internacionales. Se abrieron paso con dificultad hasta conseguir salir de la terminal. Un joven mulato regordete y vivaracho, también vestido con una immaculada guayabera, se apresuró a liberarles del equipaje, colocándolo en el maletero de un reluciente coche azul oscuro con matrícula diplomática.

—Es Romualdo, el conductor del coche de servicio de la embajada —aclaró Felipe.

—Encantado, soy Antonio Fernández, el nuevo secretario de embajada.

Romualdo estrechó la mano tendida de Antonio y este creyó ver una imperceptible sombra burlona que cruzaba como una estrella fugaz la impecable sonrisa de anuncio del conductor.

—Bueno, creo que estás recién salidito de la Escuela Diplomática —le espetó risueño su compañero.

—Sí, soy de la última promoción.

—Y por lo que veo eres gallego...

—De Mondoñedo.

Felipe le escrutó por unas décimas de segundo con una mirada que Antonio no supo desentrañar y continuó el interrogatorio:

—Ya... Y también eres soltero, ¿no? ¿Tienes novia?

—No.

—¡Menos mal! Como dice el chiste, venirse a la Isla enoviado es como viajar a Escocia llevándote tu propia botella de whisky ibérico y salmón ahumado de El Corte Inglés.

Felipe Lezcano rio de buena gana su propia gracia y lanzó una rápida mirada de complicidad al espejo retrovisor, donde le aguardaba la sonrisa complaciente de Romualdo.

—¡Te vas a poner las botas! Para un soltero esto es el paraíso. Y para nosotros, los casados, también... ¡Cuando nos dejan! ¿Verdad, Romualdo?

La sonrisa perfecta de Romualdo llenó nuevamente el retrovisor, escoltando la risa franca del ministro consejero.

El coche había salido ya del aeropuerto y enfilaba por una carretera en pleno campo, en un paisaje de un verde lujuriente salpicado por un enjambre de altísimas palmeras, delgadas y lánguidas.

Felipe Lezcano siguió charlando animadamente, pero a Antonio le costaba concentrarse en su cháchara, abrumado por el cansancio y por la sensación de irrealidad que le provocaba verse a sí mismo en ese escenario de película que tantas veces había imaginado.

Tras recorrer una sucesión de barrios maltrechos, invadidos por una multitud hormigueante, el camino se adentró en un sector residencial de grandes casas junto al mar por el que el coche prosiguió su ruta en dirección al centro de la ciudad.

Al final del malecón doblaron a la derecha, dejando el mar a la espalda, y enrumbaron por un ancho paseo al final del cual se levantaba un espléndido edificio, cuya cuidadosa restauración chocaba con el aspecto posbélico de los bloques que lo rodeaban.

—Ese es tu hotel. Para mi gusto, el mejor de la ciudad y, además, está muy cerca de la embajada, con lo que podrás ir a pie al trabajo hasta que te mudes a tu casa. Si no te importa, te dejo aquí y me voy corriendo al despacho, porque el jefe me ha citado en quince minutos. Descansa un poco, te das una ducha, te cambias y te vienes para la embajada

cuando estés listo. El embajador cuenta con que vayas a verle al final de la mañana y nos invita a almorzar. Quédate con el coche. Yo me voy a pie.

Felipe salió ágilmente del vehículo antes de que Antonio pudiese responder y se lanzó resueltamente bulevar abajo, dando sus últimas instrucciones sin volverse:

—¡Romualdo, cuida del señor Fernández, ¡no vaya a ser que nos lo secuestre una mulata nada más llegar!

Antonio permaneció sentado aún por unos segundos, con la vista clavada en su compañero, cuya silueta se alejaba con rapidez, mientras la sonrisa indescifrable de Romualdo le llegaba desde el espejo retrovisor como un augurio incierto.